



MADRID

AMANECE por las mañanas, se visita por las noches, se anda por las calles, se espera en las antesalas, se engaña donde se puede, se toma en los cafés, se deja en las tiendas, se gana en el juego, se pierde en el trabajo, se juega en la Bolsa, se habla en el Ateneo, se engorda con la política, se escribe sobre el papel, se miente en las conversaciones, se come del presupuesto, se bebe en buenas fuentes, se sabe de buena tinta, se sube por los amigos, se vive sobre el país y se murmura en todas partes.

Al mismo tiempo, la actividad de la población se despliega en un movimiento incesante.

Se hace y se deshace, se va y se viene, se sube y se baja, se entra y se sale.

Unos corren, otros vuelan, algunos nadan, bastantes culebrean, muchos saltan y todos se mueven.

Entre tanto:

Visten los sastres, y los montes de piedad desnudan.

Curan los desengaños, y los médicos inventan enfermedades.

Los hombres guardan la piel, y las mujeres se despellejan.

Al aire no se le deja un momento de reposo.

Todos respiran.

Los que parecen más prosaicos inspiran.

Los que parecen más pacíficos conspiran.

Los que parecen más humildes son los que más aspiran.

Unos suspiran y otros espiran.

Los sentimientos, cansados de su esterilidad, se han dedicado á obras útiles, tomando cada uno á su cargo diferentes ocupaciones.

Así es que el amor hace esquinas.

La caridad abre rifas.

La amistad vende.

La ambición dora.

La envidia corta sayos.

El dolor mismo es una mina de lágrimas.

La alegría pinta cielos sin nubes.

La esperanza fabrica castillos en el aire.

La tristeza es un inmenso almacén de tintas negras.

El cariño forja lazos.

El odio pasa su vida desatando nudos.

La desconfianza abre los ojos.

Pero la actividad humana no queda contenida en esos límites.

Una vez impreso el movimiento, la materia entra en acción, estimulada por el ejemplo del hombre.

Es preciso ser ciegos para no ver que las casas son las que hacen las calles.

Que el agua hace ondas.

Que el cristal retrata.

Que el fuego es el fabricante más activo de toda clase de cenizas.

Una piedra colocada en medio de una calle, que parece inmóvil, está reflexionando profundamente y reuniendo todas sus fuerzas para derribar al primero que pase, si tiene la impremeditación de no reparar en ella.

Una puerta cerrada es incansable; está siempre diciendo: «Atrás.»

Todo es aquí vida, animación y movimiento.

Los acontecimientos son los que permanecen inmóviles, y sin embargo, ellos hacen algo.

Están detrás de la puerta, empujándose unos á otros, porque ninguno quiere ser el primero en salir á la calle. Respetemos su pudor.

Todo lo más que se permiten es correr en forma de rumores, esparciéndose al anochecer, y desapareciendo antes de que asome la luz del día siguiente.

Rumor es una cosa que no se sabe de dónde sale, y que no ha podido averiguarse todavía dónde se mete.

Se puede decir que es el eco de los pasos de los sucesos que se acercan.

El mar se oye antes que se ve.

Las tempestades se sienten antes que lleguen.

Cuanto más confusos son los rumores que se escuchan, más hondo es el abismo que se acerca.

Los acontecimientos más graves tienen la costumbre de venir siempre sobre las puntas de los pies.

Cuando no se ve bien lo que viene, es señal de que es alguna cosa negra.

Transportando el pensamiento de los oídos a los ojos, podemos explicar los rumores de una manera más clara.

Rumores son las primeras oscuridades de la tempestad que se adelanta.

Y es extraño lo que sucede con la oscuridad.

Para verla bien, es necesario cerrar los ojos.

¿Quién se le habrá muerto, que anda eternamente de luto?

Ni los celos, ni el amor, ni la ira ciegan tanto como la oscuridad.

Afortunadamente estamos en la plenitud del siglo de las luces.

Dentro de una caja de cartón lleva el hombre el rayo de luz que rasga el velo de las tinieblas.

No puedo menos de llamar la atención sobre un fenómeno digno de estudio.

En el siglo de las luces es precisamente cuando más los hombres chocan entre sí.

Ahora que todo se encuentra en perfecta iluminación, es cuando es imposible dirigirse a ninguna parte sin tropezar con alguien.

Los gobiernos andan á tientas.

Los pueblos no saben por dónde van.

Las leyes se pisan.

Los ministerios caen unos encima de otros.

Los intereses chocan por todas partes.

La opinión pública siempre extraviada.

Parece imposible que en medio de tanta luz los hombres no puedan ver.

Es increíble que en el foco de tanta claridad, apenas se distinga el talento de la audacia, la virtud de la desvergüenza, la verdad de la mentira.

Con tanta luz, las mujeres se pierden, y no se encuentra un hombre. Las ideas se esconden, las palabras se vuelven atrás, y los hechos se oscurecen.

En medio de tanta luz, no hay un ciudadano, por abiertos que tenga los ojos, que no necesite el lazarrillo de algún periódico.

No hay un elector á quien no sea preciso llevar á votar de la mano.

¿Cuándo logra un pretendiente ver á un ministro?

¿Á la autoridad se la ve en alguna parte?

Las situaciones no ven nunca su fin.

Tanta luz, y todos suben sin que se pueda ver por dónde han subido.

Sin embargo, es preciso ser justos.

Se ve con claridad el dinero.

Se ve la luz de la oscuridad que nos rodea.

Por medio de esta confusión de luz y de sombras, todo se ve bajo sus distintos puntos de vista.

Lo que ayer era negro, hoy es blanco; lo que antes fue bueno, hoy es malo; lo que ayer repugnaba, hoy se ensalza.

Se ve venir.
 Se ve medrar.
 Se suelen ver las estrellas.
 Se está viendo el hilo.
 Se le han visto las orejas al lobo.
 Se ve si cuea.
 Se ve entre cortinas.
 Se ven las caras.
 Se ven las cartas.
 Se ven muchas cosas que no habían podido ver-

se antes.
 Por eso nos vemos tan frecuentemente obligados á exclamar: «¡Qué cosas se ven!»

Vemos bastante para no sospechar que dentro de poco no nos quedará ya nada que ver.

Mucho movimiento, mucha luz, mucha vida: eso es Madrid.

Movimiento que marea, luz que ciega, vida que mata.

Madrid: inmensa caldera donde hierven trescientos mil seres humanos.

Aquí aparecen todas las mujeres que se han extraviado; aquí se encuentran todos los hombres que se han perdido.

Madrid es bello como el vino y rico como el lujo.

En Madrid se vive muy bien.

Magníficos palacios, calles hermosas, paseos deliciosos, tiendas abundantes, fondas exquisitas, muchos teatros, innumerables cafés y mujeres hermosas.

Es imposible vivir mal donde hay todo esto.

La abundancia, la prosperidad, el lujo, la belleza y la elegancia se ofrecen por todas partes á la admiración y al deseo, convidando á los hombres á gozar y á ser felices.

Un palacio lo tiene cualquiera, las calles son para todos, las tiendas pertenecen al dominio público, en las fondas hay siempre una mesa esperándonos, los paseos no se niegan jamás á recibirnos, los teatros nos llaman todos los días, los cafés son nuestros, las mujeres se disputan el privilegio de agradarnos.

Ser vecino de Madrid es poseer un título, un derecho legítimo á la felicidad.

Así es que en Madrid no hay penas.

Están proscritas como un elemento contrario á la dicha universal.

La desgracia no asoma aquí por ninguna parte.

Los desgraciados desaparecen desde el momento en que empiezan á serlo y antes que empiecen á parecer que lo son.

Hay que ocultar los pesares como los remiendos en el vestido, como los rotos en la camisa, como los suspiros de las botas.

Para salir á la calle, cruzar los paseos, penetrar en los palacios y bullir en los cafés, es tan indispensable una sonrisa de satisfacción y de contento, como un sombrero de última moda.

La pobreza, que es la mayor de las desgracias, se ha extirpado por medio de una ley sabia y profunda, que ha declarado al pobre criminal y al acto de pedir limosna delito de reclusión.

Los cojos disimulan su dolor, moviéndose por las calles con todas las contorsiones de la más viva alegría.

Á los tuertos se les ve guiñándose á sí mismos el ojo, como una seña que hacen á los demás de sus secretas satisfacciones.

Los ciegos no se atreverían á presentarse en público, si no tuvieran el recurso de sus alegres cantares.

¿Qué desgracia puede entristecer á un jorobado cuando los sucesos más tristes lo encuentran siempre encogido de hombros?

Mirad á esa caterva de mujeres perdidas que culebrean por las calles, desmintiendo la desdicha de su vida con la sonrisa de sus labios.

Aquí no hay penas.

Un entierro es una fiesta.

Caerse en medio de una calle, es una gracia que á todo el mundo hace reír.

Un marido engañado no es más que un personaje cómico.

Una familia arruinada es una cosa á la que se le echa tierra como á un cadáver.

Para entrar en Madrid es preciso dejarse á la puerta los pesares, como al entrar en el infierno de Dante había que dejarse toda esperanza.

Una camisa limpia, un vestido elegante, una cara alegre y un par de guantes; he aquí el pasaporte.

Se entra por diversas puertas.

Si tienes palabras que ofrecer, entras por las puertas del Parlamento.

Allí tienes butacas, salones, recado de escribir, platos apetitosos, porteros, criados y un palacio.

Tienes el derecho de pedir desde la palabra hasta la presidencia del Consejo de ministros.

Tú no tienes que dar más que tu opinión; esto es, quedarte sin ella.

Si no posees el don de hacer leyes, puedes tener muy bien el don de hacer cortesías.

Entonces entras por la puerta de la buena sociedad.

Tendrás palcos en la ópera, plateas en la zarzuela, lugares de preferencia en todas las diversiones públicas, mesas abundantes, coches suntuosos, cigarros superiores y soberbias relaciones.

Me vas á decir que no tienes dinero, y voy á contestarte:

¿Acaso los demás no son ricos?

Tú no tienes talento; eso es verdad; lo sé yo de buena tinta; pero esa es tu fortuna.

No tienes dignidad, y esa es tu suerte.

No sirves para nada; precisamente tú eres el que más sirves para todo.

Los lacayos son generalmente torpes, y la buena sociedad no estaría bien servida si hombres como tú no vinieran á ser sus pies y sus manos.

Oyeme:

Quando la Condesa de Tal necesite saber algo de lo que pasa en la casa de la Marquesa de Cual, es preciso que se combine la circunstancia de que en aquel momento ibas tú á ir á su casa.

Es indispensable que tú sepas siempre lo que hace la Generala, para que no lo ignore la Vizcondesa.

Hombre de juicio, tu misión es llevar la verdad de una parte á otra, por dura que sea, y darles á todos la razón que tú no necesitas.

Es preciso que sepas acercar un taburete, levantar una cortina y poner un abrigo.

Conviene que sepas jugar al volante con los niños que no tienen la necesaria discreción para detenerse en el dintel de las puertas que están entornadas.

Colócate siempre entre dos amantes de manera que puedas acercarte á cualquiera de los dos con una cita ó con una advertencia.

Debe dolerte la cabeza siempre que te quedes solo con dos que pueden quererse.

Llama la atención de la madre sobre cualquier objeto, con tal que la obligues á volver la cabeza en dirección opuesta á aquel palco, del cual sale todas las noches una seña misteriosa ó una mirada equívoca.

Los pliegues de los vestidos, las vueltas de encaje y el valor de las joyas te deben ser conocidos. Tú los has de explicar mejor que una modista.

Tu corazón sensible no puede negarse á que tiendas tus brazos al diminuto perrillo que se niega á cruzar á pie las calles del Retiro.

En estas cualidades tienes la llave de tu prosperidad.

Tú no sabes el interés que inspira el hombre que nos trae una noticia, un regalo ó un billete. ¿Adónde irá el mundo galante sin tu indispensable persona?

Tú eres necesario como un periódico, útil como un cartero, preciso como un lacayo.

¿No vale todo eso un lugar en la mesa, un asiento en el palco y un rincón en el coche?

Si quieres ser más independiente y tener los palacios en tu casa, la mesa en tu comedor y los coches en tus caballerizas, entonces puedes entrar por las suntuosas puertas del deber.

Deber se ha creído que era el reverso del derecho. Definición abstracta, sujeta á diferentes opiniones.

Deber es no pagar.

La definición ha de ser así, breve, clara y precisa. Pero ¿tienes por casualidad la desgracia de tener vergüenza?

Entonces dobla la cabeza, inclina el cuerpo como si fueras á besar la tierra, y entra en Madrid por la puerta del trabajo.

Trabajar es ser útil, pero no es siempre ser feliz.

Si vienes á gastar tu dinero, ven.

Si vienes á disfrutar la fortuna de otros, ya debías estar aquí.

Si vienes á trabajar, no vengas.

Sobre todo, ven alegre, porque las penas son las únicas cosas que aquí no pasan.

En Madrid se vive muy bien, porque los desgraciados están reducidos á no poder vivir.

Madrid es para los muy ricos que en todo se meten, y para los muy pobres que los meten en el Hospicio.

Los demás están aquí de paso, ó para la miseria, ó para la opulencia.

Esto es: para Madrid ó para San Bernardino.



LA CARA

HA aquí una cosa en la que todos tenemos puestos los ojos.

Y sin embargo, no hay quien pueda verse la cara si no acude al recurso de mirarse en un espejo.

Nadie se hace cargo del sentimiento de curiosidad que nos impulsa á buscarnos al otro lado de esos pedazos de cristal, sin cuya previa consulta apenas nos atrevemos á salir á la calle.

Parece que tomamos ese apunte para poder distinguírnos entre los demás.

Todo el que se acerca á un espejo, dice interiormente: «Voy á ver quién soy yo.»

Conócete á ti mismo, ha dicho la antigüedad con la voz *filosofía*.

Y esto nos ha parecido profundo.

Nada hay más superficial que ún espejo, y sin

embargo, antes que la antigüedad y que la filosofía, había dicho al hombre : «Mírate.»

La cara y el espejo son dos cosas estrechamente unidas por ese vínculo misterioso que une el tacto á la mano.

El tacto es el que continuamente nos está diciendo : esta es tu mano, este es tu brazo, este es tu cuerpo.

Ó en términos más breves:

«Aquí estás.»

Los espejos son los que todos los días se nos ponen delante para repetirnos : esa es tu frente, esos son tus ojos, esa es tu boca.

O de otro modo más completo:

«Ese eres tú.»

Todo espejo es un lienzo dispuesto á reproducir instantáneamente nuestro retrato.

Semejantes al corazón de muchas mujeres, sólo reproducen la imagen que tienen delante.

Suprimanse los espejos, y cada hombre tendrá de su cara esa idea confusa que nos queda de las cosas que hemos perdido.

La cara es una especie de contraseña, que es preciso comprobar todos los días á la luz de los espejos para no confundirnos con los demás.

Un hombre sin cara vendría á ser un anónimo, una carta sin firma, una especie de ser clandestino.

La cara es un agente de policía que nos va denunciando por todas partes.

El mundo es una aduana, el hombre un fardo, y la cara es la marca.

Un hombre sin cara sería una cosa imposible; por ejemplo, sería una moneda sin acuñar, una *í* sin punto.

Ese espacio comprendido entre la frente y la barba nos sirve como de título, por medio del que acreditamos la propiedad del resto de nuestro individuo.

La cara es una cosa inevitable.

Para nada se necesita tanto como para ser descarado.

Este palmo de tierra no se verá nunca libre del dominio de las facciones.

Dicen que la cara es el espejo del alma.

Esta es una idea que sólo le ha podido ocurrir á las mujeres hermosas.

Equivaldría á decir : ningun tarro primorosamente labrado puede contener veneno.

El verdadero espejo del alma son los pensamientos.

¿En qué consiste la belleza de una cara?

Es posible que nos lo diga un pintor trazando sobre el papel unas cuantas líneas puras y correctas.

Pero esa es la belleza que los pintores ven por la punta de sus pinceles.

Cada uno de ellos tiene otro modelo, otra cara, llena tal vez de incorrecciones, que por medio de una maravillosa fotografía ha ido á grabarse en el corazón.

Para una madre no hay nada más bello que la cara de su hijo.

La cara de la mujer más hermosa, no vale tanto como la cara de la mujer más querida.

Repase cada uno su memoria, y es posible que todos encontremos algún recuerdo perdido en el fondo de nuestro corazón que pueda servir de testigo en este momento.

Hay mujeres que no serían tan bellas si no tuvieran algunos defectos.

Por eso un lunar en una obra de arte es una imperfección, al mismo tiempo que en la cara de una mujer es una belleza.

Verdaderamente caras no hay más que las de las mujeres.

Nosotros sólo sabemos lo que cuestan.

Supongámonos que el alma es un pensamiento. Pues bien: la cara es la palabra de ese pensamiento, y la naturaleza no acierta siempre á expresarlo.

Por eso Sócrates no tuvo cara de Sócrates, ni Nerón cara de tigre.

Pero al fin la cara es un libro en el que cada uno lee á su manera.

Se nos obliga á llevar pegado en la frente esta especie de anuncio que nos va pregonando por todos los sitios que atravesamos; mas á cada uno se nos permite el uso especial de una colección de caras, según los casos y las circunstancias.

He aquí una cara cuyas líneas puede trazar cualquiera según su capricho.

Es indiferente que tenga la boca grande ó pequeña, la frente ancha ó estrecha, la nariz larga ó corta, los ojos oscuros ó claros.

Lo que importa es que esta cara pertenezca á un hombre que no sepa qué hacerse; que se encuen-

tre en ese momento en que todos los libros son insípidos, todas las mujeres insustanciales, todos los amigos impertinentes.

Mírese bien, y se verá una cara de fastidio.

Llaman á la puerta, se abre, y entra una carta.

La carta contiene un sólo renglon, que dice: «Amigo mío, nos ha caído la lotería.»

Estas palabras entran por sus ojos como un rayo de luz por el cañón de una chimenea; y la cara de fastidio se convierte, por la acción química de su rayo de luz, en una cara de pascuas.

Otra vez llaman á la puerta, y otra carta penetra en la habitación.

Es una carta escrita por las cuatro carillas.

Su vista empieza á devorar renglones, y la cara de pascua, por un movimiento casi imperceptible, se va transformando en cara de perro.

La carta está escrita por otro amigo que necesita dinero para salir de un apuro.

También podemos hacer uso de las caras de piedra.

Sirven, como las murallas, para cerrar el paso á todo.

Pero las más útiles son las caras de baqueta, porque son el reverso de toda clase de pudor.

Colocad á una niña de quince años entre su padre y su novio: observadla bien, y veréis que tiene una cara para mirar á su padre y otra distinta para mirar á su novio.

La cara que la doncella encuentra todas las mañanas en el lecho perfumado de su opulenta señora,

¿es la misma cara que á la noche vemos todos en el teatro?

La cara no es más que un efecto de perspectiva.

Una superficie sobre la que refleja más ó menos bellamente la luz del sol ó la luz del gas.

Solamente es una gran cosa cuando aparece interiormente iluminada por la luz de los sentimientos puros, por los rayos de un alma bella, por los reflejos de un corazón hermoso.

Entonces la cara es el cielo.



EL BAILE

EL que fije su atención en estos días y considere la marcha majestuosa de la humanidad, por enemigo que sea de los tiempos presentes, no podrá negar el activo movimiento de la época en que vivimos.

Hay una palabra estampada por la severa Academia de la Lengua en las frías columnas del Diccionario, que, semejante á un resorte, tiene en sí la facultad de poner en movimiento á todo un pueblo, con sólo repetirla solemnemente en grandes caracteres colocados sobre la impasible seriedad de las esquinas.

Esta palabra arrebatadora salta hoy de todos los labios y tiene en continua movilidad y agitación hasta á los más pacíficos habitantes de la monarquía.

Singular combinación de sílabas, que arrastra en pos de sí á cuantos encuentra al paso y conmueve á los corazones más fríos.